

cer y engaños y decepciones que hacer olvidar. Pero así cuando se hace presentir en la mañana de la vida, como cuando presta valor, esperanza y consuelo al ánimo del hombre ya formado, es una flor que no se abre en los terrenos pantanosos ni entre el corrupto follaje de los vicios; hija del cielo, brilla esa flor entre los buenos sentimientos que constituyen la felicidad del hombre, de la familia y de la sociedad; subsiste á la sombra de las virtudes, y se endereza constantemente al cielo, que es el lugar de su origen y de su final destino.

VI

AMELIA

Habían transcurrido cinco años. Enrique continuaba en México, en el colegio. Gaspar se había retirado á la provincia, donde llevaba una vida sedentaria y monótona, aunque en continua correspondencia con los principales personajes de su partido. En los días á que se refiere este capítulo, Gaspar, Octaviana y Amelia habían ido á pasar una temporada en la hacienda

del primero, la misma que años atrás se incendió en ausencia suya, y que era dirigida, como creemos haber dicho, por un antiguo y hábil administrador.

Tenía en él tal confianza Gaspar, y, por otra parte, le asistía un conocimiento tan escaso de las cosas del campo, que para nada se ingería en la administración de la hacienda, entreteniéndose mientras permanecía en ella, únicamente en leer, cazar ó montar á caballo. Con frecuencia, cuando le llegaban de México nuevos libros, se encerraba en su cuarto días enteros á devorarlos sin reunirse con su esposa y su hija, sino en las horas de la comida.

Octaviana y Amelia eran inseparables. Dormían juntas en una misma pieza; se levantaban con el día, se aseoaban y vestían lo mismo que si estuviesen en la ciudad; algunas veces montaban á caballo, y otras emprendían paseo á pie por el bosque inmediato. Después de almorzar se sentaban á coser junto á una ventana que daba al camino de la ciudad; después de comer hacían lo mismo, hasta que llegaba la noche, y con ella una que otra visita. En ninguna parte se gusta como en el campo de los placeres de

la sociedad. A las diez ó á las once de la noche, Octaviana ó Amelia se recogían en su alcoba. En cuanto á Gaspar, se encerraba desde temprano en su cuarto á leer, ó había ido á negocios particulares á la ciudad, ó recibía aparte á algunos de sus amigos, y muy especialmente á su compadre Márquez, quien representará en este capítulo un papel que, ciertamente, no le habría atribuído el lector.

Para llenar las lagunas de los cinco años transcurridos entre el día en que Gaspar visitó en México el colegio de Enrique y el día en que volvemos á tomar el hilo de nuestra narración, añadiremos que los pedidos de dinero menudeaban de parte de Enrique; pero como la hacienda estaba más en auge que nunca, no ocasionaba gran cuidado á Gaspar tal circunstancia. Por lo demás, el padre filósofo, contento con que Octaviana hubiese dejado á su cargo la educación de Enrique, no había vuelto á insistir seriamente en sus ideas respecto de la educación de Amelia, quien acababa de cumplir diez y seis años y estaba bella como una mañana de Abril, y simpática como la esperanza.

Y á propósito de las mañanas de Abril, en otra de ellas, Octaviana y

Amelia estaban entregadas á su labor, según costumbre, cerca de la ventana que da al camino, y cuyas vidrieras abiertas de par en par, dejaban penetrar en la estancia el tibio perfume de los campos. Casi no se notaba alteración en el semblante de Octaviana; unos cuantos surcos en la frente y unos cuantos cabellos blancos era todo lo que tenía de nuevo. Respecto á Amelia, era otra cosa; se había desarrollado y tenía ya la estatura de la madre, cuyo vivo retrato fué desde niña. En el momento de que hablamos, estaba inclinada sobre el bastidor, y el negro bellissimo de su cabello y de sus pestañas, contrastaba singularmente con el color rosado de sus mejillas, y el blanco de su traje de muselina. La madre, en pie á corta distancia, contemplaba con orgullo á la hija.

Sonaron las diez en el reloj de la sala, y Amelia, al oírlas, apartó del bastidor los ojos y los dirigió hacia el camino ó vereda, cuya línea quebrada y arenosa se señalaba en medio del musgo y al través de los árboles. Una brisa ligera movía las hojas, y un enjambre de mariposas se internaba en el bosque cercano buscando la sombra. Octaviana había previsto el movimiento de su hija y se complacía en obser-

varia. Amelia, al ver las mariposas, quiso involuntariamente pararse y correr tras ellas, obedeciendo á los últimos instintos de la infancia; pero alguna idea súbita visitó su mente, y la joven suspiró. Se mantuvo en su puesto y volvió los ojos al bastidor. ¿Cómo quieres, Amelia, correr tras las mariposas, cuando tú misma estás ya cogida en la red?

Pocos minutos habían pasado, cuando las pisadas de un caballo resonaron del lado del camino. Amelia levantó de nuevo los ojos y su mirada se encontró con la del joven caballero: saludó éste á la madre y á la hija y siguió á lo largo de la vereda, no sin volver dos veces el rostro hacia la ventana. Los ojos de Amelia brillaron con profunda alegría y, cuando el joven se perdió de vista, lanzó un suspiro de satisfacción y volvió á ocuparse de su labor. Octaviana quiso examinar el estado de aquel corazón, no porque la fuese desconocido, sino por complacerse más bien de la inocencia, la bondad y la sinceridad de su hija.

—Este Alberto, dijo, es un excelente joven á quien yo quiero mucho.

—¿Qué gusto me da oírte decir eso, mamá mía! Porque yo también aprecio mucho á Alberto y creo que jamás

te lo había contado, y óyeme, esto me causaba una especie de remordimiento... pero cada vez que te iba á hablar de él, sentía un nudo en la garganta...

—¿Qué te platica Alberto?

—Ahora casi nada, ya tú lo ves, y esto me pone en cuidado. Cuando nos hizo sus primeras visitas, me hablaba del gusto que había tenido de conocerlos, del estado de los negocios de comercio que ha venido á agitar por mandato de su tío; de las hermosas vistas de la hacienda y de sus proyectos de copiarlas á la aguada, porque Alberto, ya tú lo sabes, pinta muy bien á la aguada. Me hablaba también con mucho entusiasmo de la música y me hacía tocar el piano horas enteras, corrigiéndome algunas faltas de ejecución. Pero después, Alberto se ha convertido en persona de muy pocas palabras; casi nada me platica y raras veces me hace tocar el piano: apenas copió una ó dos vistas de la hacienda, y va para más de dos meses que no nos trae obra alguna suya á que la veamos.

—Con todo, él pasa todos los días á estas horas, según dice, porque está sacando la vista de la cascada. Creo

que va á resultar una obra maestra, según lo que ha tardado en ella.

—No lo creas, mamá. Alberto me dijo la otra noche, que llega al pie de la cascada, saca su bastidor, prepara sus pinceles y sus colores y no puede trabajar. Alberto empieza á preguntarse: “¿Copiaré la cascada de frente, ó un poco de lado? ¿Qué color daré á las aguas?” Porque ya tú habrás observado mamá mía, que si la mañana está alegre y despejada, las aguas caen como una lluvia de brillantes, y si está nublada y triste, forman una masa pesada y cenicienta.

—Es verdad, Amelia.

—Alberto sigue preguntándose: “¿Pondré aquel árbol que se inclina sobre el abismo? ¿Pondré aquella choza? ¿Pondré este rebaño?” Y el caso es que nada pone, porque se queda pensativo y triste y deja el trabajo para otro día, y vuelve al otro día y le sucede lo mismo. ¿Le acabas de ver pasar? Pues no creas que haga hoy nada tampoco. Ya yo le he reprendido; pero él me oye y se sonríe. ¿Si estará enfermo?....

Octaviana procuró tranquilizar á su hija respecto del estado de la salud de Alberto, y después se dirigió á un rincón del cuarto, cogió un libro é hizo

que leía, pero en realidad soñaba y oraba. Aquella excelente madre, cuyos afectos se habían reconcentrado en Amelia, soñaba con los días de su propia juventud y oraba por la felicidad de su hija.

Abrióse la puerta del cuarto que daba á la sala y se presentó Gaspar.

—Deseaba hablar á ustedes á solas, porque se trata de un asunto grave que á todos tres nos concierne; se trata de la felicidad de Amelia.

Esta y Octaviana levantaron con temor la vista hacia Gaspar, como tratando de adivinar lo que pretendía de ellas.

—Nuestro compadre Márquez que, como ustedes saben, es hombre de algunas proporciones, y cuyas ideas están absolutamente de acuerdo con las mías, acaba de pedirme la mano de Amelia.

Aquí las oyentes lanzaron un grito de admiración y de horror.

Efectivamente, Márquez, viudo de algunos años atrás y ambicioso en grado supremo, viendo el buen estado de la hacienda de Gaspar, había tenido la felicísima idea de querer emparentar con él, casándose con Amelia. Llevaba un mes de menudear sus visitas á la quinta, y aunque nunca se presentaba an-

te las señoras, porque ni su educación, ni el conocimiento de la antipatía que ellas abrigaban hacia él, le permitían estar á sus anchas delante de ellas, muchas veces Gaspar habíale convidado á comer y trataba de establecer una especie de intimidad entre Márquez y su propia familia, lo que nunca llegó á conseguir, porque á las demostraciones un tanto cuanto bruscas y ridículas del oculto pretendiente, Octaviana y su hija correspondían con esa política fría aunque intachable, que viene á ser la coraza de las personas bien educadas contra las sandeces de los necios. Muchas noches, de vuelta á su casa, Márquez se dijo á sí mismo que la teoría de la igualdad social tenía mucho de falsa y que jamás podría él ser igual á Octaviana y á su hija, á causa de la diferencia de educación. Proponíase influir para que con el tiempo se expidiese una ley prohibiendo que los habitantes de la República aprendiesen otra cosa que á leer y á escribir. Una duda asaltábale, sin embargo: ¿cómo impedir que las capacidades naturales fuesen superiores al vulgo? ¿Cómo destruir esa desigualdad intelectual establecida por el acaso, según él? Márquez resolvía casi siempre el problema lanzando á me-

dia voz una blasfemia, y pidiendo un pocillo de chocolate. Pero cuando se convenció de que sus atractivos personales no eran suficientes á conquistarle el cariño de Amelia, no quiso exponerse á una derrota que hubiera lastimado su amor propio. Oír que “no” es cosa muy dura, y más si lo pronuncian unos labios de diez y seis años, y todavía más si sale de unos labios tan lindos como los de Amelia. Márquez no recordó en este trance aquellos versos de Horacio: “Rumbo mejor, Luciano, seguirás no engolfándote en la altura, etc.,” por la sencilla razón de que no había leído á Horacio, ni siquiera tenía noticias de él; pero se dijo en calidad de hombre prudente, que era más fácil la conquista de Gaspar que la de Amelia. Ufano con esta idea, vino aquel mismo día á confiarla á su amigo, quien acogió con entusiasmo la pretensión de Márquez y se decidió apoyarla. Uno de los medios que Márquez empleó para obtener este resultado, fué el de sugerir á Gaspar un pensamiento que jamás había ocurrido á éste en sus sueños políticos. “Todavía el país—le dijo Márquez—no está en disposición de realizar muchas de las teorías democráticas; pero ¿quién nos impediría que las

practicásemos, ó ensayásemos, por lo menos, en la hacienda de usted? ¿No podríamos estimular y ennoblecer el trabajo dando á los mozos una parte del suelo en enfiteusis? ¿No podríamos dividir ese mismo trabajo estableciendo nuevas oficinas? ¿No podríamos destruir el influjo clerical enviando enhoramala al jesuíta que viene todos los domingos á escamotear á usted cuatro pesos en cambio de una misa? Si el pueblo, es decir, los mozos de la hacienda, recibían bien estas reformas, avanzaríamos á establecer en pequeño la libertad de cultos, dejando que los indios se entregasen públicamente á sus prácticas idólatras, y haciendo en beneficio de la civilización que las entrañas humeantes de las víctimas humanas se convirtieran en entrañas de ternera ó de cerdo, con la precisa condición de que nosotros nos las habríamos de comer en estado.”

Basta de explicaciones retrospectivas, y volvamos á la escena comenzada.

—¿He oído bien, Gaspar, ó me engaño? ¿Márquez se quiere casar con mi hija, y tú eres quien me lo viene á decir?

—Ni más, ni menos. ¿Qué hay de particular en ello?

—¿Y me lo preguntas, Gaspar? Pero no; tú te chanceas, porque, por mucho que te cegara tu cariño hacia Márquez, no le sacrificarías la felicidad de Amelia, de tu hija.

—Es que, precisamente creo yo asegurar la felicidad de Amelia, de mi hija, casándola con un hombre de bien y de excelentes ideas, como Márquez. ¿O quieres, acaso, hacer de tu hija una monja inútil y fanática? ¿O piensas casarla con algún orgulloso aristócrata? Pues yo te prometo que, cualesquiera que sean tus miras respecto de Amelia, no se realizarán, y que Amelia se ha de casar con Márquez.

—Pues yo te digo que no se ha de casar como tú quieres.

Había algo de extraordinario y solemne en aquella respuesta corta, pero incisiva de la esposa que jamás había levantado la voz delante de su marido y que, antes bien, sufrió siempre con angelical resignación sus malos tratos y frecuentes injusticias. Pero se trataba de su hija, de la suerte de aquella hija á quien Octaviana había cobijado bajo el ala de la piedad y el amor, librándola de las malas doctrinas y

los peores ejemplos de su padre y de su hermano. Noche con noche vertía Octaviana amargas lágrimas en la obscuridad de su alcoba, al pensar en los malos principios de Enrique y en el porvenir aterrador que le esperaba. ¡Y ahora querían arrebatárle á su hija de sus entrañas y de su ejemplo, á aquélla que le debía no solamente la vida física, sino también la inteligencia y la virtud; no solamente su sangre, sino la formación de su entendimiento y de su carácter; á aquélla, en fin, que era su única amiga, su consuelo y su refugio en los pesares domésticos! Con razón Octaviana, ese ángel de bondad y dulzura, se convirtió en una leona: con el instinto de la mujer y de la madre, comprendió rápidamente que ella era el único escudo, la sola defensa de Amelia, y se propuso defenderla contra su padre, contra la sociedad, contra el mundo entero, sin calcular sus fuerzas ni las consecuencias de su conducta.

—Pues yo te digo que no se ha de casar como tú quieres—repitió con voz firme, encarándose hacia Gaspar, que permanecía de pie, con los brazos cruzados, la sonrisa horrible de la cólera en sus labios, y mirando alternativamente á la madre y á la hija.

Octaviana entonces recordó que ella misma había sido sacrificada; que pudo haber sido feliz uniéndose á un hombre, aunque pobre, honrado y de buenos sentimientos. Iba á expresar en alta voz lo que pensaba, y á decir á Gaspar que, ya que la había sacrificado á ella, no quisiera también hacer infeliz á su hija; pero se contuvo haciendo un violento esfuerzo. Octaviana conocía y practicaba escrupulosamente los deberes de la esposa. Ella sabía que una sola de esas frases dicha en un instante de acaloramiento, basta para establecer una desunión eterna entre los esposos y sirve de malísimo ejemplo á las hijas. Afortunadamente Gaspar, ciego de cólera y dominado, á pesar suyo, por la calma y la energía muda de su esposa, se retiró, cerrando tras sí la puerta con estrépito. Octaviana se arrojó en los brazos de Amelia, exclamando: “¡Defiéndeme, hija mía, contra mis propios pensamientos!” y derramó un torrente de lágrimas.

Cuando consiguió serenarse y enjuagarlas, alzó los ojos para descubrir en el semblante de Amelia el aterrador efecto que temía la hubiesen causado las palabras de Gaspar; pero ¡cuál no fué su admiración al ver pintadas la

calma y una felicidad inefable en la frente de su hija! Cuando ésta oyó de boca de su padre la pretensión de Márquez, sufrió en todo su ser un estremecimiento súbito, quedó un breve instante como aturdida, y luego sintió un peso gravísimo en el corazón; pero casi en el momento mismo, un rayo de luz iluminó su espíritu y un nombre dulcísimo agitó sus labios más suavemente que la brisa agita el espejo de un lago en las tardes del estío. El nombre era "Alberto," y el rayo de luz no era otra cosa que el conocimiento repentino de que ella le amaba. ¿Cómo había permanecido oculto para ella este sentimiento, que sin duda desde muchos días antes formaba parte de su ser? Solamente ahora se revelaba á su espíritu á consecuencia del fuerte choque moral que acababa de sufrir: oculto como el fuego en el centro del pedernal, había brotado á semejanza del fuego, cuando el pedernal es herido por el acero, y la madre que siente por la primera vez al hijo de sus entrañas, no experimenta ni la felicidad, ni el orgullo, ni la confianza en el porvenir que asistían á la joven.

Acostumbrada Octaviana á conocer hasta los más íntimos pensamientos

de su hija, no tuvo necesidad de interrogarla: todo lo había adivinado. Abrazáronse entrambas en silencio y permanecieron así largo rato. Al estrechar Octaviana á Amelia contra su corazón, le ofrecía interiormente protegerla y salvarla. Al estrechar Amelia á su madre, le confesaba su amor á Alberto, y ponía aquel sentimiento puro y formal bajo su protección. Si Alberto la hubiese visto y hubiese adivinado su idea, se habría enorgullecido. ¿Dónde está el hombre que no se enorgullecería al verse amado de Amelia?

Educada con las máximas de una piedad sólida, no bien se desprendió de los brazos de su madre, cuando fué á arrodillarse ante una imagen de la Santísima Virgen colocada junto á la cabecera de su cama. Por las mañanas y por las noches, al levantarse y acostarse, mezclaba en sus oraciones los nombres de sus padres y de su hermano Enrique. Ahora tenía que añadir otro nombre, el de Alberto: ahora tenía que pedir á la Reina de los Angeles el respeto, la humildad y la fuerza necesarios para oponerse á los designios injustos de su padre, sin ofenderle. Quitóse de los cabellos una flor que la noche antes le había regalado



Alberto, y la puso en el marco de la imagen, ofreciéndola así las primicias de un sentimiento que había brotado y sólo debía desarrollarse á la sombra de la piedad y de las virtudes domésticas.

Después de la comida supo de boca de Octaviana que su padre, excitado por Márquez, había determinado no recibir las visitas de Alberto, creyendo que este joven sería la causa principal de la resistencia de Octaviana al proyectado matrimonio de su hija. Amelia, al oír esto, sintió un gran dolor en su corazón: no sabía que los frutos de la dicha sólo maduran á fuerza de golpes y de lágrimas; enjugó, sin embargo, las suyas y se resignó. Temía, con todo, que Alberto al ser desairado por Gaspar, se ofendería y no la volviese á ver. Preocupábala mucho esta idea, y á fin de distraerse, salió á un pequeño jardín situado en la parte exterior de la casa, frente al camino.

Magnífica estaba la tarde. Una lluvia ligera había humedecido el musgo del jardín, haciendo que las hojas de los árboles brillasen más con los rayos del sol, próximo ya á su ocaso. Multitud de golondrinas revoloteaban alrededor del campanario de la hacien-

da: algunos de los mozos volvían del trabajo, trayendo al hombro la azada y precedidos á veces de un perro fiel que nunca dejaba de acercarse á ofrecer sus respetos á Tamerlan, compañero inseparable de Amelia, no obstante lo avanzado de su edad y de sus achaques. De repente aquel noble animal levantó del suelo la cabeza que tenía apoyada entre sus patas delanteras, aulló de alegría mirando á Amelia y, después de hacerla algunas fiestas, se lanzó con toda la rapidez posible, atendidos sus años, hacia el camino.

A poco, lo mismo que en la mañana, resonaron las pisadas de un caballo. Amelia esta vez se ruborizó, y en vez de mirar hacia el sendero, se puso á examinar obstinadamente un rosal. Alberto se habría contentado con saludar á Amelia, sabiendo que aquella noche iba á estar largo rato con ella; pero como no lo veía, por más que el joven encabritaba su caballo y Tamerlan la tiraba del delantal, desmontó Alberto y, llevando su corcel de la brida, avanzó hacia el jardín. Pocas y entrecortadas fueron las palabras de entramos jóvenes: aquel rosal estaba arruinándose visiblemente y era preciso á trasplantarlo á otro terreno, cerca de Roa Bárcena.—12.

ca del agua: á propósito de agua, la vista de la cascada no había adelantado aquel día más que los anteriores: en la mañana, el sol estuvo muy ardiente; después llovió y Alberto se vió precisado á refugiarse en la choza inmediata, cuyos moradores no le hablaron de otra cosa que de la caridad de Amelia.

A todo esto, Amelia no contestaba al joven con su alegría y viveza habituales: Advirtiolo Alberto y, viendo más detenidamente el rostro de su interlocutora, la dijo:

—Usted ha llorado, Amelia.

La joven se puso roja como una cereza; pero en aquel momento apareció Octaviana en el jardín, llamó aparte á Alberto y le habló durante algunos minutos.

Amelia, entretanto, deshojaba silenciosamente una flor, como la sonámbula de Bellini.

Cuando Octaviana acabó de hablar con Alberto, éste se despidió de ella y pasó á despedirse de Amelia, quien estrechó fuertemente su mano y correspondió á la melancólica mirada del artista. Tamerlan fué á acompañarle un corto trecho, haciéndole los honores de la casa. Al llegar Alberto al primer recodo del sendero, volvió el

rostro hacia atrás, vió que Amelia le seguía con los ojos, la saludó y se internó en el bosque. A semejanza de Adán, había sido desterrado del paraíso; pero Adán lloraba al salir, y Alberto era feliz al alejarse de la casa de Amelia.

## VII

### EL PROGRESO EN LA QUINTA

El compadre Márquez no fué admitido para yerno á causa de la decidida oposición de Octaviana; pero su idea de ensayar en la hacienda la aplicación de algunas de las teorías democráticas no fué echada en saco roto, si bien Gaspar quiso reservar casi toda la gloria para sí, dando á entender á Márquez que de mucho tiempo atrás había germinado en él la idea de convertir su hacienda en una especie de quinta-modelo, en que, á la vez que pudieran ser estudiados los métodos agrícolas, manufactureros y administrativos más modernos, se pusiesen en práctica los principios de la escuela política á que entrambos pertenecían.

Gaspar fomentó en su espíritu tal